

1 CONCURSO DE CUENTOS

GANADOR

En el marco de la celebración de los cuarenta años de la publicación de la novela “Que viva la música”, los herederos de Andrés Caicedo, se acercaron a la Secretaría de Cultura de Cali, con la idea de convocar a un concurso de cuento, especialmente dirigido a jóvenes colombianos, como una forma de honrar la memoria del escritor. La idea fué acogida de inmediato por el gobierno de la ciudad y se abrió el Concurso, cuya primera edición se desarrolló en 2017, pero se planea realizarlo en forma bianual.

De este ejercicio salió un libro que publicamos en conjunto con el apoyo de la Universidad Icesi en Octubre de 2017 en el que se recogieron los siete mejores cuentos recibidos en la convocatoria los cuales provienen de distintos lugares de Colombia.

Hubo una copiosa participación proveniente de todos los departamentos del territorio nacional, y consideramos el mejor honor a la vida de Andrés Caicedo, que jóvenes colombianos, en el mismo rango de edad en el que él escribió, se hayan tomado el tiempo para participar.

Agradecemos a los prejurados que seleccionaron los 826 cuentos, todos ellos profesores de Universidades de Cali: José Zuleta, Harold Kremer, Humberto Jarrín, Carmiña Navia y Angela Rosa Giraldo. A los jurados Melba Escobar, Juan Gabriel Vasquez y Juan Esteban Constain, reconocidos escritores de una generación que no conoció a Andrés Caicedo, pero ha leído su obra y encontró interesante la idea. Ellos evaluaron 50 finalistas y nos entregaron los ganadores y menciones especiales que se encuentran en este libro. Un reconocimiento especial al también escritor e intelectual Ricardo Silva Romero, quién fué pieza fundamental de la organización de este concurso.

Agradecemos de forma muy especial a las entidades que apoyaron la idea desde el inicio: Bibliotec, Red Nacional de Bibliotecas, Red de Bibliotecas Públicas de Cali, Museo La Tertulia, Feria del Libro de Cali, Comfandi y Cámara de Comercio, no solo a sus directivos sino a los equipos de trabajo de ellas, quienes tomaron la idea como propia y apoyaron en todo momento y por todos los medios la iniciativa.

SIETE SISTEMAS NERVIOSOS

Sé cómo son los escritores a los 17, a los 20, a los 23, a los 26: tienen mucho miedo de estar haciendo el ridículo, sudan frío en los talleres de escritura porque se les está acercando el turno de leer su cuento, persiguen la profundidad como si fuera posible hallarla y recrearla y transgredirla en la superficie de la página, desprecian lo que se está haciendo ahora mismo en Colombia porque confunden ser con prevalecer, se preguntan para qué sumarle un librito más a un mundo que no ha acabado de leer a Borges, tienen gastritis porque desde fuera el mundo de la literatura parece otra rosca infranqueable, escuchan una voz traicionera, la suya, que les aconseja que acepten de una buena vez que sus textos no valen la pena.

Y un día –porque sí o porque un ángel los convence de que lo único que va a perderse es el amor propio– se atreven a mandar un cuento a un concurso que parece una lotería de poquitos números.

Ojalá que ganen. Ojalá que un golpe de suerte les pruebe que su trabajo no es criticar sino escribir los dramas.

Sé cómo son algunos de esos cuentos: ni los personajes ni los lugares tienen nombres –se llaman El Poeta o El Padre o El Viejo– porque se trata de sugerir los grandes temas de la literatura, de estremecer, de contribuir a la confusión, de despertar al lector burgués que no quiere enterarse de las malformaciones de la vida –no: quiere ver Rápidos y furiosos 8 el domingo en la tarde– porque anda demasiado ocupado comprando televisores planos, poniéndose corbatas brillosas, engordando el sistema que nos desangra con cuentagotas y repitiendo los lugares comunes de sus padres. Son cuentos de cineclub. Perdón: cuentos de taller de escritura cuyos autores, como los autores de ciertas obras del arte contemporáneo, pueden dar razón de cada una de sus líneas, pueden decir de dónde vienen, a dónde diablos van.

Son cuentos conmovedores que se leen con el estómago porque con el estómago fueron escritos. Son cuentos de hombres o de

mujeres que se jugaron toda la vida: ¿no tiene que estar pasando por un momento definitivo, de vida o muerte o resignación, una persona de 17, de 20, de 23, de 26 años, que se ha tomado el tiempo quieto que se necesita para escribir un relato?

Puedo decir, porque he estado cerca del jurado, que este exitoso concurso de cuento en honor a Andrés Caicedo se ha encontrado con una caja de cuentos que no son un juego ni una tontería, sino un riesgo. Quizás algunos cometieron el error de comenzar por la vanguardia. Quizás otros cayeron en la tentación de pensar que es el cuento –no su lectura– lo que debe alcanzar la hondura. Acaso un par despreciaron las estructuras de los maestros. Tal vez ciertos primeros párrafos terminaron siendo amasijos plagados de gazapos. Y ciertos párrafos finales confirmaron que no había allí una narración sino una ansiedad, una búsqueda, un infructuoso anhelo de poner en orden lo que se ha estado sospechando con el cerebro en una mano y el corazón en la otra.

Pero no me cabe duda –estuve ahí mientras los jurados discutían los trabajos– de que la gran mayoría de los participantes escribieron sus cuentos como haciendo paréntesis a sus vidas, como elevando plegarias con la ilusión de una respuesta.

Y que allí, entre esa torre de relatos, hay un puñado de textos que consiguen convertir este instinto de contar lo que se ha visto en un primer paso en firme en este oficio de viejos para viejos.

Quiero decir que hay talentos en estado de alerta que seguirán escribiendo sus personajes, sus tramas, sus paisajes, sus escenas, de aquí en adelante. Que este libro, editado con espíritu de taller benigno, es la suma de siete trabajos que son siete promesas, siete valientes intentos de sujetar y de poner en orden esta realidad que tantas veces –de los 17 a los 26– resulta ser una farsa. Y es apenas justo que uno de ellos sea un relato inédito del propio Andrés Caicedo, pues Caicedo, que se pasó la vida haciendo paréntesis para aprender la lengua de este mundo y para encontrarle algún orden a este desastre, sigue siendo un monumento al muchacho que tiene la suerte y la desgracia de leer y escribir entre líneas.

Quando ellos me llaman

I

Hace una semana que todos estamos en vacaciones. Yo fui el último en salir porque estubo en un colegio privado. Me dieron una beca porque mi mamá es profesora en el mismo colegio, pero prefiero decirle a ellos que la beca me la gané por ser buen estudiante para lucirme, y para que cuando me pregunten si puedo bajar a la piscina pueda decirles que no porque ando estudiando y, así, no tener que repetirles que no tengo tímpano en el oído izquierdo porque me lo reventó la otitis cuando tenía cinco años. Eso me dijo mi mamá. Yo ya no me acuerdo de eso. El dolor solo vuelve si me entra agua en el oído porque no hay nada que la pare y sigue derecho hasta el cerebro. Eso duele más que todo, más que una patada o doblarse un tobillo, más que un puño de Amed.

No se dice Amed, se dice Ahmed, y la H suena como una J porque es un nombre árabe, y en el árabe es así. Lo vi en “Discovery en la Escuela”, y me lo dijo mi papá. Eso mismo le dije a Amed: vos no te llamas Amed, sino Ahmed, y antes de que pudiera decirle lo de la J me pegó un puño en el estómago por corregirlo al frente de todos. No me dolió. Duele más no tener tímpano, pero yo hice como si me hubiera dolido para que parara.

Julio es el mes más caliente de todos. Si yo pudiera también me la pasaría en la piscina como ellos. En agosto el calor baja porque hay más brisa y venta, y mi mamá me lleva a elevar cometa. En agosto cumplo años. Falta un mes y medio para eso; un mes y medio para que se acaben las vacaciones. A esta ciudad le hace falta un mar. A mí me encanta el mar así no pueda meter la cabeza por lo del oído; apenas hasta los hombros.

II

Daniel, que también vive en el bloque F como yo, dijo que cuando se salieran de la piscina iban a venir a buscarme. Voy al balcón y no veo a nadie en el agua, o por lo menos a ninguno de ellos. Se olvidaron de mí.

Me devuelvo al estudio de mi papá. Él está preparando sus clases, siempre está preparando sus clases. Estoy en bóxer, me acuesto en el piso. Le pregunto cuántas religiones hay en el mundo. Está distraído, me pide que le repita la pregunta: ¿Que cuántas religiones hay en el mundo?, digo con rabia por no haberme puesto atención a la primera. Él se queda en silencio. Hace cuentas mentales, o eso parece. Los cálculos de mi papá siempre son exactos porque estudió Matemáticas y Física.

Pero para mi sorpresa me contesta: no sé. Es la primera vez que no sabe algo. De pronto hay una por cada estrella en el cielo, ¿vos qué pensás?

No sé, Papu.

Alguien grita mi nombre, nos interrumpe. Me asomo a la ventana del estudio.

Bajá, me pide Daniel con otro grito, apenas me ve.

¿Puedo bajar?, le pregunto a mi papá. Sí, responde sin dejar de mirar las notas de sus clases.

Me visto en mi cuarto. Me pongo una camiseta, una pantaloneta y unos tenis que, en mi caso, como en el de la mayoría de los de la unidad, son unos Croydon negros que me hacen correr más rápido. Los de Amed, en cambio, son unos Nike que su papá le trajo de Miami, blancos, con cámaras de aire que lo hacen saltar más alto.

Cuando bajo no veo a Daniel ni a Mateo. Doy una vuelta por la unidad. Los encuentro en el palo de mango, en la sombra, sentados en la banca. A ellos dos y a Andrés. Los saludo, me siento en el piso. Hablan de Michelle y Valentina, dos niñas que viven en la torre D. Las dos son remonas. De esas que cuando se meten a la piscina el pelo les queda como un mango chupado. A todos nos gustan. Lo malo es que apenas son dos y nosotros muchos. Y que no bajan. No sabemos si porque no quieren o porque el papá no las deja.

Amed también llega a la banca, le pide a Daniel que le dé su puesto.

Cuando me ve, me saluda: ¿todo bien?, me da la mano.

Todo bien, le contesto.

Amed nos cuenta que su papá le compró una bicicleta eléctrica y que se la va a mandar desde Miami, y que además le compró más juegos para su Play. El papá de Ahmed es comerciante, por eso se la pasa viajando para traer cosas: zapatos,

ropa, carros, celulares con cámara, televisores, lociones, relojes. Eso dice Ahmed. Que podemos ir al local que tiene su papá en San Andresito, en el centro de la ciudad, y que él nos hace descuento. El papá de Ahmed y el tipo del bloque C son los que tienen los mejores carros de la unidad. Los dos son comerciantes.

Nos quedamos en la banca hasta que Mateo propone que juguemos escondite. El último que llegue al muro de la portería cuenta, escucho que dice alguien. Todos arrancamos a correr. Daniel, que llega de último, comienza contando. El resto nos escondemos.

Escojo la isla. Así le decimos a unas palmas que están en una esquina del parqueadero de la unidad, un oasis en medio de los carros. Me escondo detrás de unas matas, recostado en la reja. Veo que Daniel nos busca por la piscina, entre los carros, en los árboles. Ahmed y Andrés están escondidos en el balcón de un apartamento del primer piso de la torre B. Mateo corre, sale de algún lado, llega al muro de la portería, ¡por mí!, grita, se salva.

Entonces siento que algo me toca la espalda. Pienso que es una mata, una avispa. Pero luego escucho que alguien me habla, que me dice: lindo, mírame, lindo, o es que no me va a saludar. Me volteo. Es Roberto, la loca del barrio que me tira un beso. Tiene una blusa hasta el ombligo, la boca pintada.

Hola, niño, qué hace ahí escondidito, dice, y se levanta la camiseta para mostrarme las tetas: dos balones de microfútbol con un timbre rosado. Tocá, tocá, me pide, no te asustés, dale.

Salgo de la isla corriendo, huyo. Daniel me ve, arranca adelante mío, me tiene demasiada ventaja. Llega primero que yo al muro de la portería.

No le digo a nadie lo de Roberto porque Amed dice que nos parecemos, que somos medio hermanos, medio maricones, y no quiero que me joda con eso.

Cuento. Después le toca a Andrés. Otra vez a Mateo. A Daniel. A Andrés.

Me quedo abajo, en la unidad, hasta que mi mamá me llama por la ventana del apartamento para que suba. Voy al estudio. Mi papá sigue preparando sus clases.

Le pregunto: ¿cuántas veces es más grande el sol que la tierra?

1'303.782, me contesta mirando el computador, unas gráficas de sus clases de economía en la universidad.

¿Y cómo sabés?, le pregunto y me explica algo que no entiendo.

Voy a mi cuarto. Me acuesto sin bañarme.

III

No espero a que me ellos llamen. Bajo y voy al quiosco mientras ellos están en la piscina.

Pongo un CD que yo mismo quemé hace unos días en el computador de mi papá. Están Luisfer, Daniel, Mateo y Andrés que apenas me ven salen del agua para saludarme.

¿Qué canciones metiste en el CD?, me pregunta Luisfer.

De todo, le digo: reggaetón, salsa, merengue.

Cuando me tienen rodeado Daniel me pide que mire hacia la piscina de niños, disimulado. Michelle y Valentina están jugando vóley con una pelota de plástico. Me hago el sorprendido porque ya las había visto desde el balcón de mi apartamento. Por eso bajé.

¿Cuál es Michelle?, pregunto, ¿cuál es Valentina? Ninguno sabe.

En lugar de hablarles nos quedamos en el quiosco. Le subimos a la grabadora de Mateo para que nos vean, suena *Pobre Diabla* de Don Omar. Pero ellas siguen en el agua como si nada, jugando las dos con una pelota, ignorándonos. El papá las cuida desde el balcón de su apartamento de la torre D.

Escucho que uno de nosotros grita: ¡Tigre!, ¿jugás un partido?

Entonces me volteó para buscarlo y encuentro a El Tigre caminando por fuera de la piscina, detrás de la reja como acechando entre dos palmas. Es el mejor jugador del América, el equipo de mi papá, mi equipo. Él, sin pensarlo mucho, nos responde que sí: llamen más gente y que alguien me preste unos guayos y una pantaloneta, nos vemos en la cancha.

¡E-l T-i-g-r-e!

Hace un año que tiene un apartamento en la unidad, pero no vive acá. Por eso lo vemos de vez en cuando. Llega y al rato se va. A veces solo, a veces con viejas, o cargando unas cajas para guardarlas en su apartamento. Por eso mi mamá dice que El Tigre es un vago, que quién sabe para qué tendrá ese apartamento, que por muy futbolista que sea, en esta ciudad no deja de ser raro ver un negro con tanta plata.

Todos vamos a nuestros apartamentos a cambiarnos. Yo soy el único que le puede prestar unos guayos y una pantaloneta al Tigre. Los papás de los otros no viven con ellos. Casi todos son comerciantes como el papá de Ahmed, casi todos viven afuera del país, en Miami, o en México, y vienen de vez en cuando.

Encuentro a mi papá trabajando en el estudio. Le pido que me preste sus guayos y una pantaloneta.

Vamos a jugar un partido con El Tigre, le digo.

Y él: qué bien, flaco, me responde, y vuelve a concentrarse en sus clases.

Salgo del apartamento tan rápido como entré. Cuando corro con los guayos en el cemento, sueño como un pony.

En la cancha están todos. Le paso la cosas al Tigre, y él se cambia detrás de un árbol. Escucho que Ahmed dice: parece un mico. Algunos se ríen.

Armamos un equipo de seis y otro de cinco. Yo me hago con el Tigre porque soy del América como Daniel, Andrés y Luisfer. En el otro equipo están Ahmed y los del Cali.

Apenas arranca el partido Ahmed me pega una patada. No me quejo, duele más el oído. Cobro y le doy un pase al Tigre. Agarra el balón, se va por la banda, corro detrás de él. Se saca a todo el equipo, le hace una galleta a Ahmed después de que este también le manda una patada que no lo toca. En lugar de tirar, de mirar al arco como siempre hace en los partidos de verdad, me pasa el balón y solo tengo que empujarla. ¡Gol! Corro hacia El Tigre, lo abrazo.

Jugamos toda la tarde sin cansarnos, cuatro horas. Hasta que El Tigre dice que se va. El partido queda catorce a cinco, el rojo siempre gana.

El Tigre se cambia detrás del mismo árbol y me pasa la ropa de mi papá. Lo seguimos hasta el parqueadero. Se monta en su Mercedes, saca la mano para despedirse. No podemos verle la cara por culpa del vidrio oscuro.

Ese carro es blindado, dice Ahmed, y esos rines, puro gusto de negro. Algunos se

ríen, los del Cali. Ese man no vive en la unidad, sigue hablando Ahmed, porque tiene una mansión en el sur, el apartamento lo utiliza para guardar la plata que no puede meter en los bancos.

Nadie dice nada, nadie lo contradice.

Ellos van a la piscina para refrescarse. Yo me despido, subo.

Dejo la ropa de mi papá en el lavadero y saco la jarra de jugo de la nevera aunque esté acalorado y pueda quedarme tieso por culpa del frío, eso es lo que dice mi mamá que pasa.

Cuando me despierto en mi cuarto son las dos de la mañana en mi reloj digital. Prendo el televisor y lo dejo en *mute*. Mis papás duermen en su cuarto. Busco los canales que no están bloqueados, más allá del noventa y nueve. Pienso en Michelle y Valentina jugando en la piscina, en sus piernas, que las dos son mis novias.

IV

Bajo después de decirle a mi mamá que voy a bajar, sin que me llamen. Es sábado, me pasé todo el día viendo la televisión. Doy una vuelta por la unidad, pero no encuentro a nadie. En la mañana ellos estaban en la piscina.

Voy al palo de mango, a la isla, a la cancha de fútbol. Camino entre las torres, los llamo: ¡Daniel!, ¡Mateo!, ¡Luisfer! De pronto están en la casa de Ahmed jugando Play y no me llamaron, se me ocurre, ¡Andrés!

Hace una semana que no viene El Tigre, que no vemos el Mercedes en el parqueadero. Debe estar de viaje, o con el América en la pretemporada, o en su yate en Cartagena. Por eso fue que a Ahmed tuvo la idea de que nos metiéramos al apartamento de El Tigre, deberíamos

aprovechar que no está para ver lo que esconde, dijo, sacarnos una caja de plata.

¿Para qué?, le pregunté yo.

¿Cómo que para qué?, alzó el puño, ¿cómo que para qué?, volvió a preguntar, y luego se rió cuando me vio nervioso.

Pasando por el bloque E escucho la voz de mi papá que me llama. Corro, subo al apartamento. Recién llegó de la universidad. Me pregunta si quiero ir a cine.

Sí.

¿Y qué película nos vemos?

No lo dudo: Star Wars, le respondo, *El ataque de los clones*.

Cámbiate, me dice entonces mi papá, que oliendo a gamín no nos dejan entrar en ningún lado.

V

Estoy en el quiosco cambiando la música cuando suenan los tiros. Ellos están en la piscina, nadando. Salen del agua, vienen corriendo.

Pasó en el lavadero de carros, dice Luisfer.

¿Y cómo sabés?, le pregunta Mateo.

Me lo soñé, responde, acabo de tener un *déjà vu*.

Le hacemos caso porque nadie tiene otra teoría sobre lo que acaba de pasar. Subimos al quinto piso de la torre F para ver, para buscar al muerto. Yo vivo en el 301 F, les digo que voy por mis binoculares y que ya los alcanzo. Ellos siguen subiendo las escaleras como si no me hubieran escuchado.

Luisfer tenía razón.

Desde arriba vemos a un pelado sentado al lado de un cuerpo. Tiene, le pongo, más o menos once años como casi todos

nosotros. Para Andrés tiene más, unos catorce como Ahmed, por lo alto, dice.

En un momento, después de que ya todos nos hemos rotados los binoculares, el pelado se quita los zapatos, unos Nike como los de Ahmed, pero negros. También se quita las medias, queda descalzo en los charcos de agua. Hace lo mismo con el muerto, pero en vez de dejar las medias tiradas en el cemento como hizo con las suyas, se las pone así estén manchadas, sucias.

Grita: ¡Mi papá!, ¡mi papá!, mientras se soba los pies, se abraza las piernas.

¿En dónde le pegaron los tiros?, pregunta alguno de nosotros.

No se ve, responde Mateo que mira por los binoculares.

Luisfer es el único que da una respuesta: en el culo, en todo el centro.

Todos nos reímos.

Después de que se llevan al muerto volvemos al quiosco. El resto del día nos la pasamos hablando de lo que vimos, lanzando teorías: que andaba traqueteando; no, que apenas era un lavaperros; no, uno de los duros; no, simplemente un sicario; que por algo lo habrán matado, que no cualquiera en esta ciudad tiene la camioneta en la que se fue el pelado de las medias.

Déjà vu es una palabra en francés, eso me dice mi papá cuando vuelvo al apartamento, en su estudio, cuando le pregunto.

VI

No tengo que buscarlos, ellos están en la piscina. Hace calor.

Antes de ir para allá, hago otra cosa. Voy al apartamento de Michelle y Valentina a dejarles una carta y una chocolatina Jet

para cada una. Ellos no pueden saber de esto porque cuando me han preguntado si me gustan les he dicho que no, que no me gustan las monas. Por eso, para que no me vean, camino por la parte de atrás de la torre B, que está en medio de la F y la D, que es la torre de Michelle y Valentina, y que también es la torre de El Tigre. Su apartamento está en el primer piso. Trato de ver por las ventanas pero las persianas están cerradas. De pronto Ahmed tiene razón. Deberíamos meternos para ver lo que guarda.

Antes de entrar al bloque D releo mi carta:

Hola, ¿ más? no c si les gusta el chocolate. Ojalá q sí. Deberian bajar mas para que agamos algo. Les gusta la musik? Yo tengo mucha. Att: 301 F.

Después la meto en el sobre que compré en la miscelánea del barrio junto con las chokolatinas Jet.

Antes de deslizar la carta por debajo de la puerta escucho pasos del otro lado. Alguna de las dos grita: ¡no más!, ¡no más! Y la otra: ¡dejanos!, ¡no más! Es la primera vez que las escucho tan cerca. Sus risas jugando a perseguirse, ellas y el otro sin voz. Imagino que entro a salvarlas, pero apenas me atrevo a meter la carta por la ranura de la puerta.

Voy a la piscina.

Ellos están en el quiosco, sus pantalonetas escurriendo agua alrededor de Ahmed.

Nadie me pregunta por qué llegué por el camino de la torre D. Ahmed es el que maneja la música. Apenas me ve, me muestra un aparato del tamaño de una pila que está conectado a la grabadora de Mateo.

¿Qué es?

Un Mp3, me contesta, me lo mandó mi papá de Miami, le caben como mil canciones.

Le pido que me enseñe a manejarlo. Así, cuando ustedes estén en la piscina yo cambio la música, les digo.

Acepta. Después de que me enseña, ellos vuelven a la piscina, saltan al agua.

Me quedo cambiando la música hasta que mi mamá me llama por el balcón para que suba a comer. Pienso en Michelle y Valentina mientras camino a mi bloque, si ya habrán encontrado la carta, la chokolatina, en sus voces.

VII

Somos cuatro: Mateo, Andrés, Luisfer y yo.

Mateo propone que veamos una película. A todos nos parece bien. Les digo que la podemos ver en mi apartamento, que en mi cuarto tengo DVD. Pero al final ellos deciden verla en la casa de Andrés porque tiene un teatro en casa.

¿Y qué nos vemos?, pregunta Mateo.

Una de bala, responde Luisfer.

Vamos a La Meca, un lugar en el barrio en el que se consiguen las películas del cine piratas. Le pedimos al dueño, un man de unos treinta años, que nos dé el catálogo para escoger.

¿Cuál?

Luisfer vuelve a decir: el de bala.

Pero cuando abrimos el catálogo nos damos cuenta de que no es el que pedimos. En vez de las películas de acción el dueño de La Meca nos pasó el de porno. No le decimos nada, no le pedimos que nos lo cambie.

Andrés lee la descripción de una película: un astronauta llega a Marte, un planeta habitado solo por mujeres, todas vírgenes. Para sobrevivir el astronauta tiene que copular con las marcianas. *El planeta rojo*, así se llama. De nosotros, el único que dice que ya no es virgen es Amed.

¿Qué es copular?

Lo mismo que culear, me contesta Andrés.

Pasamos la página: una mujer con las piernas abiertas, con una cuca peluda.

Estamos en esas, pasando las páginas del catálogo, cuando Roberto entra a La Meca. Le pregunta al dueño si ya le llegó la nueva de Star Wars.

No, en una semana, le contesta el otro.

Imagino a Roberto con un vestido blanco, como una especie de princesa Leia.

Escucho que Andrés dice: llevémonos una de estas y nos la vemos en mi casa, mi mamá no está.

Y que otro le responde: con el teatro se van a dar cuenta en toda la unidad que estamos viendo eso.

Que se meta un sable láser por el culo, digo yo en lugar de decir lo que en verdad había pensado, por error.

Ellos se ríen.

Roberto responde: ipero por el culo de tu madre será!, y arranca a perseguirnos. Menos mal solo le da para correr media cuadra, y cuando llegamos a la unidad lo hemos dejado atrás, botado en la calle. Nos grita cosas desde lejos, que nos va a buscar, que no salgamos solos, que nos va estar esperando.

Nos sentamos en la banca del palo de mangos, agitados. Ellos no dejan de pedirme que les cuente que por qué le dije eso a Roberto, que qué risa. Les invento

cosas para no decirles la verdad, que andaba nervioso por pensar en las tetas de Roberto, en el beso que me tiró el otro día en la isla.

Hablamos hasta la noche. El portero nos pide que nos callemos, que ya lo han llamado de varios apartamentos a quejarse del ruido.

A la próxima les pongo multa, dice antes de volver a la portería.

Entonces noto que ellos me están mirando, que están a la espera de que se me ocurra una respuesta como la de Roberto para joder al portero, pero no se me ocurre nada, me quedo callado.

VIII

No toda la vida Roberto fue así, me dice mi mamá.

¿Así, cómo?, le pregunto.

Me contesta después de pensárselo un rato: ...mujer... antes era un pelado normal como ustedes. Claro que sí se le veían sus cositas.

¿Cosas?

Sí, amaneramientos, cosas de mujercita. ¿Por qué la pregunta?

Le digo: por saber, ayer lo vi en la calle.

Ella sigue lavando ropa. Yo voy a mi cuarto, no tengo ganas de bajar.

Las vacaciones ya van por más de la mitad, y no he hecho los trabajos del colegio. Hace días hice el intento. Comencé a leer un libro sobre la historia de los Calima para Sociales, luego traté de hacer matemáticas, pero al final terminé armando un Lego de Batman que también tenía pendiente.

En este momento veo televisión. Busco cualquier cosa.

IX

Hoy no bajé. Me quedé en el apartamento todo el día ayudándole a mi papá a arreglar su estudio como me lo había pedido. Nos la pasamos botando y archivando documentos mientras ellos estaban en la piscina. En una carpeta encontré una foto vieja en la que aparecía mi papá. Tenía pelo, una chaqueta negra y estaba montado en una Harley. Se la mostré, le pregunté qué había pasado con la moto. Me dijo que la había tenido que vender para tener la cuota del primer apartamento que tuvieron. Le pedí que me la regalara. Me dijo que sí, que me la podía quedar, y la guardé en la caja en la que guardo cosas.

En la noche pedimos pizza. Comimos al frente del televisor, viendo *Alien vs. Depredador* que mi mamá había traído de La Meca. Antes de volver a mi cuarto les dije que de cumpleaños quería un Mp3, que estaba cansado de mi Walkman.

Vine a mi cuarto, vi televisión un rato más, y me fui quedando dormido.

Ahora lo que me despierta son los golpes en la ventana. Pensé que había sido un murciélago, pero vuelven a repetirse. Me paro de la cama, me asomo en la ventana de mi cuarto. Abajo están Daniel y Mateo que, a pesar de la falta de luz, reconozco. Me piden que baje. Hago que no con la cabeza, está muy tarde, les digo en un grito ahogado.

Es urgente, me dice Daniel.

Y Mateo: volvió El Tigre, encontramos una forma de ver lo que guarda en el apartamento.

En el radioreloj de mi cuarto son las doce y cincuenta.

Salgo con cuidado de que no me escuchen mis papás, dejo la puerta medio abierta para poder entrar cuando vuelva. Bajo.

Está oscuro. Los porteros apagan las luces de la unidad después de las once para ahorrar energía. Ellos me saludan, me dan la mano.

En lugar de entrar al D, seguimos derecho por un callejón que le da la vuelta al bloque. En la parte de atrás nos encontramos con Ahmed y Andrés.

¿Y Luisfer?

No quiso venir, responde Ahmed, se cagó. Y me después me pregunta: ¿quieres ver al Tigre?, y me muestra un arbusto. Ya todos vimos, me dice, faltás vos solamente.

¿Por dónde?

Él vuelve a señalar el arbusto.

Me meto entre las ramas, y me encuentro con una de las ventanas del apartamento de El Tigre. La persiana está sin bajar del todo, hay un huequito por el que se puede ver lo que pasa adentro.

Ahí está El Tigre tan sudado como el día del partido, dos negras que se turnan para lamerlo. Tienen las tetas más grandes que las de Roberto, culos de orangután, redondos. El Tigre les soba la cabeza mientras mira al techo con la boca abierta, las mueve. Me meto la mano en la pantaloneta. Imagino que soy yo, que las negras son Michelle y Valentina con su pelo monísimo enredado en mis piernas. Me pongo duro. Una de las negras me tira en la cama, me empuja. Michelle o Valentina me saltan encima. Michelle o Valentina se me sientan en la cara, las muerdo como hace El Tigre.

Daniel me llega por la espalda, y tengo que sacarme la mano, me limpio en la tela de la camiseta. Me dice: ya viste mucho, es mi turno.

No ha pasado ni un minuto, le reclamo, pensé que ya habían visto todos.

Él en lugar de hablarme me muestra su reloj digital. Veo los numeritos azules alumbrando en lo oscuro, no sé en qué momento pasó todo ese tiempo. Además, me dice, ya vamos en la segunda ronda.

No me importa, le digo, pero Daniel no se va. Por lo que, al final, aunque no quiera, tengo que salirme para esperar mi turno de volver a entrar.

Fuera del arbusto Ahmed me pregunta: ¿te gustaron las negras o te gustó más El Tigre?

¿Y a vos qué te importa?, le contesto en un arranque, dejame quieto.

Maricón, dice él. Se me hace al frente, me encara. Lo empujo para que no me pegue y salgo corriendo antes de que se levante. Me alcanza en la torre B, a medio camino de mi torre. Me tira al piso, me da dos patadas en el estómago. Me deja tirado. Es cuando se voltea, que piensa que voy a dejar las cosas así, como siempre, que agarro una piedra y se la tiro. Le doy en la cabeza.

Otra vez corro, y esta vez no me alcanza, o no sé si me persigue. Subo a mi apartamento y cierro con cuidado la puerta. Me encierro en mi cuarto. Me acuesto agitado. Prendo el televisor, dan Rocky III. Me la veo hasta que me voy calmando, hasta que estoy seguro de que mis papás no se han levantado por la bulla. Entonces me vuelven las ganas. Pienso en Michelle y Valentina. Busco más allá del noventa y ocho, y pongo el televisor en *mute*:

Un negro lleva a una mujer hasta un callejón. Tiene un cuchillo. Leo los subtítulos. El negro le pide a la mujer que le pase la cartera, el celular, las joyas. En un momento le mira las tetas, le dice: qué buena que estás, nena. Y comienza a desvestirla a la fuerza, a arrancarle la ropa. La mujer se resiste hasta que el negro se saca la verga. La mujer le dice: la

tienes muy grande, y en lugar de resistirse como al principio, se agacha, comienza a chupársela.

Entonces escucho un ruido en el apartamento. Apago el televisor. Me acuesto hacia mi lado, cierro los ojos. Siento que alguien abre la puerta de mi cuarto.

X

En esta ciudad todos se creen capos, dice mi mamá mientras acomoda la carne en el congelador, con rabia.

¿Mi papá alguna vez quiso ser comerciante?, le pregunto.

No que yo sepa. ¿Por qué?

¿Mi tío Javier es comerciante?, le pregunto después de dejar cuatro bolsas más en la cocina.

...

¿Ma?, ¿mi tío Javier es comerciante?

No.

¿Entonces qué hace?, ¿por qué tiene tanta plata?

Me contesta sin mirarme, sacando el contenido de una bolsa: él es electricista, de los que cambia los cables de alta tensión. Es un trabajo peligroso.

Recién llegamos de mercar. Tuvimos que dejar el carro en el parqueadero de visitantes porque el tipo del bloque C dejó su BM en la entrada del parqueadero de la unidad. En lugar de pitarle, o de pedirle al portero que llamara al tipo para que moviera su carro, mi mamá lo dejó afuera.

Acá nos pueden robar el carro, Ma, le dije yo, hacé algo para que el tipo se mueva.

Ella me contestó, después de apagar el motor: traé el carrito de mercado para llevar las bolsas.

Tuve que hacerle caso. Solo volvió a hablar hasta que dijo lo de los capos.

Ahora le pregunto en la cocina mientras desempaco la última bolsa del mercado: ¿si estudio lo mismo que mi tío podría hacer lo mismo que él?

No creo, me contesta acomodando las cosas de aseo.

¿Por?

Habrà que ver, me dice sin mirarme, agachada. Esa es su respuesta cuando le pido un permiso y no se decide a dárme-lo, cuando no está segura de algo. No le hablo más de mi tío.

Después de que terminamos con el mercado voy a mi cuarto con mecate. Me acuesto en la cama en calzoncillos. Mi papá está en la universidad. Llevo varios días sin bajar. No me atrevo después de lo que pasó con Amed.

XI

Ayer fuimos al doctor con mi mamá. Me revisó, dijo que mi oído estaba mejor, que en diciembre me voy a poder meter a la piscina con taponos: una goma rosada con la que me baño para que no me entre agua al oído.

En el carro, viniendo para la unidad, mi mamá me preguntó si había peleado con ellos, que por qué no había vuelto a bajar. Le dije que como ellos se la pasan en la piscina me aburro en el quisco. Me creyó.

Hoy es domingo y los domingos juega el América. Mi papá escucha los partidos en la radio mientras prepara sus clases. Estoy en el estudio, acostado en el piso.

Hay una mancha en el techo. Es una humedad, mi papá dice que la tienen que reparar los del cuarto piso. Tiene la forma de una galaxia.

¿Vos creés en los extraterrestres?, le pregunto a mi papá.

Me contesta trabajando en una hoja de Excel, en su computador: no sé.

Lo que más odio de escuchar partidos en la radio son las propagandas, hay una cada diez segundos. El Tigre hace dos goles. Uno de cabeza y otro de chilena. Lo imagino corriendo hacia una esquina de la cancha, celebrando; con las negras.

Cuando se acaba el partido voy por algo de tomar a la cocina. Encuentro a mi mamá trabajando en el comedor, preparando sus clases.

¿Ma, vos crees que me puedan dar el Mp3 de cumpleaños?

Habrà que ver, me dice, en esta ciudad a los profesores no les pagan lo que se merecen.

XII

Mi mamá me pide que vaya a la portería por una gaseosa.

No puedo bajar, le digo.

¿Por?

No puedo, repito.

Y ella: no te lo estoy pidiendo, dice, y sale de mi cuarto.

Entonces me pongo los Croydon por si necesito correr. Bajo. Me encuentro con Andrés, Daniel y Luisfer en el palo de mangos. Me preguntan por qué no había vuelto a bajar. Les digo lo que siempre les digo, que he estado estudiando.

Los tres tienen tenis nuevos, Nike.

¿Cuándo los compraron?, les pregunto.

Nos los regalaron, contesta Andrés.

¿Quién?

El papá de Amed.

Si hubieras bajado también te habrían comprado unos, dice Daniel, y luego me cuenta que el papá los había llevado a la rueda, a cine, y que como ellos estaban cuando le compraron unos tenis a Amed, el papá le compró a todos los que estaban.

Tiene un bolsito lleno de plata, agrega Luisfer.

¿Y Amed?, pregunto yo.

El papá se lo llevó a Miami de vacaciones, vuelve en una semana, responde Daniel.

Intento disimular mi emoción. ¿Qué van a hacer ahora?, les pregunto.

Vamos a armar un partido, me contesta Andrés, ¿jugás?

Quedo de verme con ellos en la cancha después de almuerzo.

Para volver a bajar, me dice mi mamá, antes tenés que organizar tu cuarto y ayudarme a lavar la loza. Eso me retrasa. Cuando llego a la cancha ya están armados los equipos, dos de seis, y tengo que sentarme a esperar a que alguien me dé cambio para jugar.

Estoy viendo los carros que pasan por la Guadalupe cuando se me sienta al lado.

¿Todo bien?, me saluda.

Es Amed. Sonríe. El resto sigue jugando fútbol mientras hablábamos.

Pensé que andabas en Miami con tu papá, le digo.

Les pedí que te dijeran eso cuando te vieran porque necesitaba hablar con vos, me dice, y luego se voltea para mostrarme la parte de atrás de la cabeza. Tiene una raja larga, con cinco puntos. Le dije a ellos que me la hice persiguiéndote, que me caí. Si les decís lo de la piedra, te mato. ¿Claro?

Sí.

Vemos el partido un rato, en silencio.

¿Lo de los tenis sí fue verdad?, le pregunto.

Los tuyos los tengo guardados, me responde.

Uno de los que juega pide el cambio. Ahmed se para, se acomoda los guayos y entra a pesar de que es mi turno.

No digo nada, espero.

La veo a lo lejos cuando me paro a estirar. No sé si es Michelle o Valentina la que está en el balcón de su apartamento, viéndonos jugar. La saludo con una mano. Ella, apenas se da cuenta, se mete en su apartamento.

Por fin estoy jugando cuando suenan los tiros.

En la calle seguimos a la gente que también busca al muerto. Llegamos a la tienda del barrio, en toda la esquina, en donde se la pasan los borrachos de la cuadra.

Un man le sigue apuntando con un revólver al cuerpo de Roberto. Le dice: a tirarle besos a tu marido, maricón de mierda. Lo escupe, lo pateo.

Yo me acuerdo de un chiste, se lo digo a ellos entre la gente: a una loca se le apareció un genio. Tienes tres deseos. Quiero plata. Concedido, dijo el genio. Quiero hombres. Concedido, dijo el genio. ¡Ay, tengo plata y hombres!, ¡me quiero morir!, y comencé a gritar como hacía Roberto, amanerado, en medio de toda la gente.

¿Y qué dice el genio?, pregunta Mateo. Todos esperan a que le conteste, entre risas.

Concedido, digo.

Todos estallan.

XIII

Es de noche. Desde el balcón de mi apartamento puedo ver la piscina, las sombras del agua como estrías en los azulejos del fondo. Alguien nada.

Cuando lo reconozco ya va a medio camino de su bloque. El Tigre camina por el andén que bordea la piscina, lleva unas cajas. Desde acá puedo ver la cadena de oro que le cuelga del cuello, los brazos viga. A ellos no puedo verlos, no los escucho. Puede que estén en un apartamento viendo una película, jugando play.

¿Vamos?, me pregunta mi papá. Es mi cumpleaños y vamos a comer hamburguesa por la novena para celebrar. Mi mamá no viene porque se quedó con mi abuela que está enferma.

¿Seguro que no quieres invitar a nadie?

No, pa.

El restaurante queda en la calle, las mesas las ponen en el andén. Mi papá se sienta de espaldas a la novena.

Me pregunta: ¿aprovechaste el tiempo libre para hacer los trabajos del colegio?

No, le contesto, mañana comienzo; no es tanto.

Él parece molestarse. Menos mal el mesero nos interrumpe, nos da los menús. Antes de irse le habla a mi papá, le pide que se cambie de puesto.

Es que pueden confundirlo si se sienta de espaldas a la calle, le dice.

Mi papá lo mira sin entender, sigue en su puesto.

Ayer pasó en el restaurante de al frente, mataron al que no era.

¿Y cómo sabe que lo confundieron?, pregunta mi papá.

Eso dicen, contesta, eso me dijeron. Es una recomendación.

Después de que el mesero se ha ido mi papá no habla. Pasa un minuto, y entonces se cambia de puesto. Se sienta de frente a la calle como están todos en el restaurante.

Me pregunta: ¿aprovechaste el tiempo libre para hacer los trabajos del colegio?

No le contesto. No hace falta. Inmediatamente cae en cuenta de que se está repitiendo, entonces me pregunta si sé contra quién es el próximo partido del América.

Le digo: contra el Cali. El Tigre no puede jugar porque está suspendido. En el último partido se quitó la camiseta en la celebración. Le sacaron la segunda amarilla.

De vuelta a casa, en el carro, mi papá me da mi regalo. Lo abro, es un Mp3.

¿Qué pasa?, ¿no te gustó?

Sí.

¿Entonces?

Le digo que no siento merecerlo. No le digo la verdad, lo que me preocupa. Que ayer, después de casi tres semanas, Michelle y Valentina respondieron a mi carta con otro papelito en mi puerta:

¿Quién sos? gracias por lax chokolatinas besos!!!!

Que esa pregunta es la que me viene rondando desde ese momento. ¿Quién soy? Podría decirles que soy el que maneja la música cuando ellos están en la piscina, el del 301 F, el que no puede tocar el agua porque perdió el tímpano buceando con tiburones. Algo, cualquier cosa, para sorprenderlas, para convencerlas de que bajen a una hora en la que ellos no puedan verlas. Solo yo.